

LXIII.

Una carta.

(Abril de 1866. Publicado en el "Pensamiento"
de Veracruz.)

El Sr. Desfontaines ha hecho publicar en la *Sombra* una carta en que rechaza todo participio en las apreciaciones que á nombre de todos los franceses suelen hacer de los mexicanos la *Nueva Era*, la *Estafeta* y el *Journal de Orizava en México*, y algunos periódicos de los que se publican en Francia. Como dice muy bien el autor de la espresada carta, la responsabilidad de los insultos que se le infieren á México y á los mexicanos por ciertos escritores franceses no puede ser solidaria para todos sus compatriotas; y estamos seguros de que si á uno por uno de los residentes en el país se les pregunta si están de acuerdo con las ideas y las opiniones vertidas por esos periódicos, contestarán, si no todos, al ménos la mayor parte, en el sentido que lo ha hecho el Sr. Desfontaines.

Estamos tan acostumbrados á oír hablar mal de

nosotros, de nuestro partido y de nuestra patria, que no podemos ménos de congratularnos de que aun haya hombres que, como el Sr. Desfontaines, nos hagan justicia. Su carta habla muy alto en nuestro favor y en contra de las calumnias de nuestros enemigos. Una larga residencia en el país, le ha dado el conocimiento de las cosas y de las personas; los informes de viajeros imparciales y de leales adversarios le han servido para apoyar con datos irrecusables algunas de sus aseveraciones, y para probar que el valor, la lealtad, la energía, la honradez, y otras cualidades morales, son el patrimonio de los hombres que algunos se complacen en representar como cobardes, ladrones y asesinos.

Deseáramos saber cuál es la contestacion de la *Nueva Era* á esa carta que no quiso insertar íntegra en sus columnas, y si ahora, como siempre que nuestros colegas ó nosotros hemos tratado de desvanecer con la manifestacion de la verdad las malas impresiones que sus calumnias contra México pudieran producir, se atreve á decir que el odio declarado contra el extranjero y el espíritu de partido han guiado al Sr. Desfontaines en la publicacion de su carta.

Este señor es de la misma nacionalidad que los redactores de los periódicos que nos son hostiles; tiene en su abono el mejor conocimiento de las cosas y de las circunstancias, puesto que lleva muchos años de residir en el país, y ha podido juzgar, por lo tanto, con conocimiento de causa, los hechos

y las personas. El juicio, pues, que emite en su comunicado, no puede tacharse de parcial.

La lista de proscripción publicada por la *Paz de Oajaca*, le parece al autor del remitido que ahora nos ocupa, un rasgo de ingenio del redactor del expresado periódico, y quiere que como tal, la responsabilidad de ella sea de su autor y no del partido al que se le atribuye.

Eso es lo que la buena lógica y el sano criterio aconsejan; nadie puede ser responsable de lo que no hace, y el juzgar ligeramete y el dar entero crédito á todo cuanto los periódicos publican, sin averiguar ántes si la fuente de donde lo toman es sospechosa, es lo que ha hecho siempre que se nos juzgue de una manera nada justa ni favorable.

La narracion de las mas extravagantes acciones, de los crímenes mas escandalosos, encuentra siempre un eco que repitiéndolos por todas partes, exagera y hace mayor aun su importancia; es la *calumnia* de D. Basilio, que de un ligero soplo en sus principios, se convierte al fin en un huracan impetuoso que desarraiga y derriba cuanto á su paso encuentra. De ahí ha nacido la invencion de crímenes tan horribles como el que el Sr. Mariscal Forey atribuyó en el Senado á Porfirio Diaz, de abrir á las mujeres en cinta y colgarles al cuello con sus propias entrañas los frutos de su vientre; de ahí la narracion de hechos horripilantes que repugnan á la humanidad, y que por increíbles que sean, encuentran, sin embargo, personas que los aco-

gen como históricos; de ahí el odio, el horror que inspiramos á los que no nos conocen sino por los informes exagerados de nuestros enemigos.

Creiamos pasado el tiempo de que se nos considerara en Europa como unos salvajes desnudos de toda civilizacion y de toda humanidad; pensábamos que el haber abierto nuestras puertas hospitalarias á los extranjeros, el haber fomentado sus industrias, el haber protegido su comercio, el haber preferido sus manufacturas con perjuicio del adelanto de las nuestras, habria dado en el extranjero mejor idea de nosotros; pero á cada paso un nuevo desengaño viene á probarnos que nos habiamos equivocado, y que allí el juicio que de nosotros se forman, es poco mas ó ménos el mismo que se formaron cuando acababa de verificarse la conquista. Por eso acogemos con tanto agradecimiento y tanto placer todo aquello que tiende á hacernos justicia, por eso damos las gracias al Sr. Desfontaines, como escritores públicos y como mexicanos, por la carta en cuestion, y confiamos en que ella despertará la emulacion en los demas extranjeros dignos que solo favores han recibido de México, para salir en defensa de la verdad, y del honor de nuestra patria.

Creemos que nuestros lectores verán con gusto la carta del Sr. Desfontaines, y la publicamos á continuacion, siquiera para que se vea que hay todavía quien haciendo á un lado las preocupaciones de nacionalidad, presta oidos á la voz de su con-

ciencia, que le manda poner de manifiesto la verdad y pagar una deuda de agradecimiento al suelo hospitalario que le ha acogido con la generosidad con que acoge á todos los extraños. Héla aquí:

"México, Abril 2 de 1866.—Señor redactor de la *Nueva Era*.—De vuelta de una pequeña excursión que hice á los alrededores de México, me apresuré á leer los números salidos de la *Era Nueva*, y entre ellos encontré el del 23 de Marzo, en el cual copia de la *Paz* de Oajaca una ridícula lista de proscripción contra algunos individuos que el Sr. Juárez habia anotado para ser fusilados como partidarios del Imperio.

Permitidme deciros que con sorpresa he visto esa lista supuesta, base de una pequeña especulación, reproducida por un periodista leal como vos, porque para creer en su autenticidad, era preciso ser un niño, y aun para fingir únicamente que se cree en ella, será preciso obrar de muy mala fé, lo que no puede aplicarse á vos ni en uno ni en otro caso.

Habéis reproducido evidentemente esa lista sin darle ninguna importancia; pero ciertamente al publicarla, habéis contribuido sin pensarlo á aumentar mas aún esa antipatía que reprochábais no ha mucho á los mexicanos conservar contra nosotros, porque bien que la opinión de los periódicos extranjeros publicados aquí no represente mas que la opinión de sus redactores, se nos hace á veces responsables á todos.

Todos aquellos de entre nosotros que han vivido algunos años en México, saben demasiado bien que el partido liberal, y sobre todo el presidente Juárez, han pecado mas bien por exceso de debilidad que por crueldad, y en este punto era en el que el conde de Saligny, en su discurso de recepción, recomendaba al presidente tener *energía*.

Ninguno de nosotros se engaña creyendo en esa pretendida lista de proscripción tan singular y *poco caballerosamente* ocurrida al redactor de la *Paz* de Oajaca; es probable que ni aun en el mismo Paris pueda hacérsela creíble ni aun á los mas inocentes.

Si queremos que esa antipatía de los mexicanos desaparezca en vez de degenerar en verdadero odio, evitemos excitarla tomando una parte activa y á veces violenta en sus disensiones; evitemos, sobre todo, herirlos en su orgullo nacional, tratando de bandidos y cobardes á gentes que no son ni lo uno ni lo otro. Ciertas fanfarronadas, que, sobre todo, no vienen al caso, nos atraen frecuentemente á todos, por culpa de uno solo, además de la antipatía de que vos os quejais, el ridículo, que es todavía peor. A propósito, citaré lo que publicó hace algunos meses apenas, un periódico de Orizava ó de Córdoba, si no me engaño.

Un francés, hablando, como siempre, en nombre de todos sus compatriotas, decía, que si los bandidos [leed los disidentes] se aproximaban á Orizava, los

franceses establecidos en esa ciudad bastarian para derrotarlos completamente. ¿Qué sucedió pocos dias despues? Que el prefecto imperialista, que es ciertamente un hombre de *esprit*, y á quien esta baladronada habia herido en su orgullo nacional, fingió que el enemigo estaba á las puertas de la ciudad, y convocó únicamente á los franceses para defenderla. Naturalmente ninguno de ellos se presentó, porque han venido á México para trabajar y no para batirse; no se vió ni aun al autor del artículo en cuestion! Esos malhadados artículos desagradan tanto á los imperialistas como á los liberales; ellos saben que atacando el honor de unos se ataca el de los otros. ¿Qué sucederia, pregunto yo, si un francés partidario del Sr. Juárez oyese atacar el honor y la bravura de nuestros soldados? Aunque contrario á la intervencion, no permitiría que ese honor y esa bravura se pusieran siquiera en duda.

Tengamos, pues, para los mexicanos, los mismos miramientos que queremos se tengan para nosotros, y tanto mas, cuanto que ellos están en su derecho de exigirlos, puesto que se encuentran en su propia casa; evitemos, sobre todo, como ha sucedido desgraciadamente, excitarlos á esparcir la sangre fuera de los campos de batalla; los que tal hacen, representan un feo papel, que viene á ser mas repugnante cuando le hacen extranjeros.

Yo ruego al autor del artículo de que he hablado, lea la *Revista de los Dos Mundos* del 1.º de Octubre de 1864 y 1.º y 15 de Febrero de 1866, donde encontrará un artículo muy interesante de un buen juez en materia de valor, de un oficial de cazadores de Africa, el conde de Keratry, antiguo oficial de órdenes del Mariscal Bazaine. De dicho artículo extracto los pasajes siguientes:

"La raza mexicana, mestiza é india, posee una calma espantosa y siniestra delante de la muerte; raras veces pide gracia al acercarse el último golpe; para estos hombres pasar de la vida á la muerte, es cosa de poca importancia. . . . Lo que sí es cierto es, que en todas esas campañas, en todos esos combates, en nuestra propia morada, en las ciudades de Tamaulipas, se revelaban demasiado á la contra-guerrilla dos hechos significativos: el espíritu de hostilidad de las poblaciones mexicanas; la frialdad de nuestros propios compatriotas, que se preguntaban con temor cuáles serian los resultados de tantos hechos y trabajos.—El 11 de Abril de 1864, en la gran plaza de la catedral de Tampico, la turba compacta se apiñaba inquieta al son de los clarines franceses; la contra-guerrilla marchaba sobre el enemigo. El enemigo era Carbajal (de Tamaulipas), un oficial de gran valor, de raza india, bravo, inteligente y desinteresado."

En resumen, señor redactor, el objeto de esta carta es que conste una vez por todas, que ninguno de nosotros tiene derecho para hablar y escribir á nombre de sus compatriotas, y que nadie empeña en ello mas que su propia responsabilidad, como yo lo hago ahora.—Recibid, etc.—*E. Desfontaines.*"

LXIV.

Un nuevo impuesto.

(Abril de 1866. Publicado en el "Pensamiento"
de Veracruz.)

A punto de verificarse las reformas hacendarias anunciadas tanto tiempo hace, algo se ha traslucido de las nuevas disposiciones que para el arreglo de la Hacienda pública van á dictarse. Se dice que entre otras, una de las que constituirá la base del nuevo edificio rentístico, será la que impone una nueva contribucion personal conocida bajo el nombre de capitacion.

Como nuestros lectores saben muy bien, esta contribucion es individual, y á ella están sujetos todos los ciudadanos de un país, sea cual fuere la industria á que estén dedicados, cualesquiera que sean sus beneficios, y desde el primero hasta el último, segun sus proporciones y el lugar que ocupan en la escala social, contribuyen por medio de ese impuesto al sostenimiento del gobierno, y le ayudan á erogar los gastos públicos.

A primera vista no puede haber cosa mas equitativa que ese impuesto, por el que todos los ciu-

dadanos contribuyen en proporcion de sus fortunas á satisfacer las necesidades del país y del gobierno; pero examinadas con atencion sus consecuencias, se advierte fácilmente que todo el peso de semejante gabela recae sobre los pobres, de cuyo trabajo y de cuyos sudores no dejarán de abusar los ricos para sacar un excedente de productos que les permita satisfacer su parte en la nueva contribucion sin que sus fortunas sufran menoscabo alguno.

Siempre que una nueva contribucion se decreta, los propietarios suben en proporcion de ella el precio de arrendamiento de sus propiedades; los comerciantes encarecen algunos de sus efectos, los de mayor consumo por lo regular, y los industriales, ó aumentan el diario trabajo á sus operarios, ó les disminuyen sus jornales. De aquí es que la clase pobre, que tiene necesidad de una habitacion, por miserable que sea, que necesita consumir efectos que por ser los de mas fácil salida y mayor venta son los que encarecen los comerciantes; que tienen que trabajar de alguna manera para sostener á sus familias, son los que, ademas de la cuota que á ellos se les imponga, vienen á pagar indirectamente la de los ricos.

El pobre trabajador á quien se le imponga una contribucion, por mas que sea ínfima, no puede exigir aumento de salario, so pena de quedarse sin trabajo y sin ocupacion; no encuentra los efectos que necesita para su uso ordinario á un precio inferior al que estaba acostumbrado á pagar, no lo-

gra del propietario del miserable cuarto en que habita, una rebaja en el precio del arrendamiento, sus necesidades son las mismas, el producto de su trabajo no aumenta en lo mas mínimo, y tiene, sin embargo, que erogar un gasto mas, que por insignificante que sea, representa para él algunos dias de pan para su familia.

El rico, al contrario, puede impunemente aumentar sus productos con perjuicio de los pobres, y de ahí resulta que estos tienen que satisfacer una contribucion doble. Es una verdad reconocida por los mas célebres economistas, que las clases trabajadoras son las que pagan todas las contribuciones impuestas á las clases acomodadas; y querer, ademas de los impuestos que ya pesan sobre ellas, hacerlas pagar una contribucion especial que las haga distraer de su miserable salario una parte para el gobierno, es reducirlas á la miseria mas espantosa, desanimarlas en su vida laboriosa, y aumentar, en fin, el número de holgazanes y de bandidos.

Por otra parte, en México ménos que en ninguna otra nacion del mundo puede imponerse una contribucion de esta naturaleza, porque aquí las industrias son inciertas, el gran número de artefactos extranjeros en que abundan nuestras plazas comerciales, y que se venden, por lo regular, á un precio ínfimo, hace que nuestros artesanos carezcan la mayor parte del año de trabajo, y que por lo mismo no se pueda calcular con exactitud ó aproxi-

mativamente siquiera cuáles son sus ganancias anuales sobre las que debe imponerse la contribucion.

Difícil de recaudar nos parece tambien una contribucion repartida entre todas las clases de la sociedad; y si la recaudacion de los impuestos en general ha sido siempre en nuestro país tan irregular y tan poco productiva para el Erario, porque llega á él mermada por la desidia, la mala fé ó el pago de sueldos de los agentes, la del que ahora nos ocupa, que tiene que recaudarse en miserables cuotas entre una multitud inmensa de individuos, la mayor parte de ellos insolventes, es mas que probable que produzca resultados negativos para el gobierno.

Se cree, sin duda, que el impuesto repartido entre todos es el mas equitativo, y nada mas natural que esta creencia; pero la equivocacion consiste en creer que á no repartirse la derrama de las contribuciones entre todos no existe la equidad. Este error es tanto mas grave, cuanto que buscando la equidad, se encuentra uno con la injusticia, como hemos indicado arriba. Las contribuciones impuestas á los ricos, las pagan en su mayor parte los pobres; impóngaseles á estos una nueva, y su miseria no tendrá límites.

Ademas, hay algunas industrias y algunas profesiones mal definidas en nuestro país, que hoy producen algo á los que las ejercen, que ayer no les han dejado ni para comer, y que no les dan una se-

guridad para lograr mañana por su medio llevar un pedazo de pan á su familia. ¿Cómo se cuotiza á los que á tales ocupaciones se dedican? ¿En qué gerarquía se les considera? Sus industrias y sus profesiones, son flores de un dia que mueren tan pronto como nacen; si al imponerse la contribucion y al hacerse la clasificacion de las proporciones de los contribuyentes, se cuotiza á los individuos de que hablamos, á la hora del pago de su cuota están acaso en un estado tan deplorable, que en vez de poder ayudar ellos al Gobierno á erogar los gastos de la nacion, necesitarian mas bien que este los socorriera con alguna miserable suma para poder comprar un pedazo de pan.

Estas consideraciones y otras tan óbvias que se ocurren con motivo del impuesto en cuestion, harán, no lo dudamos, que ántes de promulgarse la ley que le decrete, se pesen todos los inconvenientes que en su ejecucion presenta, y se hagan respecto de los contribuyentes las excepciones que la equidad y la justicia exigen.

La conciencia de "L'Estafette."

(Abril de 1866. Publicado en el "Pensamiento" de Veracruz.)

En uno de los últimos números de ese periódico leemos un párrafo intitulado: *Atentado*, en el que se refiere el crimen mas escandaloso. Un coronel imperialista se dirigia de México á Tacubaya, y en el tren del ferro-carril encontró á un hombre que de buenas á primeras y sin mas aviso le disparó un tiro á quema ropa, que por milagro no hizo mas daño al coronel citado, que quemarle las barbas. El asesino, siempre segun la *Estafeta*, no es el primer crimen de esa naturaleza que comete, y ha sido aprehendido y puesto á la disposicion del juez respectivo.

Asaz indignados y horrorizados estábamos con la lectura de dicho párrafo, y deseando que un castigo ejemplar y severísimo alcanzara al alevoso asesino, cuando recibimos nuestra correspondencia de México, y entre ella una carta de nuestro verídico corresponsal, que por fortuna fué testigo pre-

sencial del hecho, y que nos le refiere de la manera siguiente:

A punto de partir el tren del ferro-carril de Chalco, que llega hoy solamente hasta Mixcoac, se presentó un individuo á caballo, que con voz altanera y dirigiéndose á uno de los pasajeros, preguntó si ya se iban los carros; el interpelado no contestó al pronto, pero habiendo el ginete repetido su pregunta con mas altivez aún, y acompañándola de palabras insultantes, el pasajero á quien se dirigia le respondió que él no era empleado del ferro-carril, y que si queria saber lo que deseaba, se dirigiera al agente de la empresa. El del caballo entonces, acostumbrado sin duda á la ciega obediencia militar y á ejercer el despotismo inaudito que ha desprestigiado en todas épocas á esta clase en nuestro país, levantó la vara que llevaba para azotar á su cabalgadura, é hirió con ella al pacífico é indolente pasajero, que durante este tiempo habia permanecido recostado tranquilamente en una de las bancas del carro en que se hallaba. Al sentirse insultado de una manera tan atroz, y desmintiendo la calificación que el Sr. René Masson, digno antecesor de la *Estafeta*, hizo de los mexicanos, el de que ahora se trata, que debia tener no atole sino sangre ardiente en las venas, echó mano á su revólver y disparó un tiro á su agresor, quien en el acto huyó cobardemente á toda brida.

Volvió un rato despues con algunos guardas nocturnos á quienes les recomendaba con alterada voz

que matasen á palos al individuo que habia usado de un derecho legítimo de defensa, y que fué conducido como el último de los criminales á la cárcel de ciudad, donde de las primeras informaciones no resultó mas en su contra, que lo que acaban de saber nuestros lectores.

Tambien nos dice nuestro corresponsal que el coronel agresor, despues de aprehendido el que le habia disparado el tiro, trató de entrar varias veces á insultarle á su prision, lo que manifiesta de una manera palpable su valentía y su caballerosidad; el tribunal correccional tuvo, para evitar otro lance desagradable, que dirigir una comunicacion á la plaza pidiendo que dicho gefe fuese arrestado.

Nuestros lectores notarán fácilmente la diferencia extraordinaria que hay entre el relato que nuestro bien informado corresponsal hace del hecho, que tal como fué no tiene un carácter grave ni odioso, y la version que la *Estafeta*, ávida de encontrar alevosos asesinos en todos los mexicanos, estampa en sus columnas agregando, con una conciencia digna de Júdas Iscariote, que el asesino no es el primer crimen que comete. Ignoramos cuáles son los datos en que el periódico francés se apoya para hacer una aseveracion tan grave, y no podemos ménos de admirar la generosidad con que trata de complicar el negocio de un preso, que léjos de haber cometido un crimen ha usado de un derecho, y de un derecho sagrado, de que el concienzudo redactor de la *Estafeta* no habria dejado de usar si

se hubiera encontrado en el propio caso, á no ser que tenga sangre de pesado plomo en sus arterias.

Examinado con imparcialidad y con arreglo á la mas estricta justicia, el negocio que ahora nos ocupa es de tan poca gravedad, que el aprehendido, conforme á la legislacion vigente, no tiene mas pena que un mes de prision ó cinco pesos de multa por portacion de arma, y tal creemos que será el resultado del juicio que se forme. Dándole el carácter que la *Estafeta* quiere, la muerte del individuo y la deshonra de su familia serian los tristes resultados de un acontecimiento en que el culpable no es sin duda el que ha disparado el tiro, sino el que con insultos de tal naturaleza que infaman al que los recibe sin vengarlos, ha ido á provocar un lance que pudo haber tenido tristísimas y desagradables consecuencias.

Nuestro corresponsal nos indica tambien que no es difícil que se le quiera dar al negocio un carácter político, por ser conocido como liberal el pasajero del ferro-carril; y funda su creencia en que esa noche hubo alarma en la capital, y la policia registraba á los individuos que á deshora de la noche transitaban por las calles.

Aunque esto seria contrario á toda razon y á toda justicia, como la venganza y los odios de partido no perdonan medio para perjudicar á un enemigo, no creemos remoto que los amigos del coronel de las barbas chamuscadas y él mismo, hagan cuanto esté de su parte para lograr un resultado

semejante, y el evitarlo es lo que nos ha hecho ocuparnos hoy de preferencia en el asunto, para que se conozcan su historia y su carácter, y las personas que están llamadas á conocer de él, no sean sorprendidas por las malévolas informaciones de los enemigos del desgraciado jóven que quiso vengar una afrenta, y del indigno escritor que no vaciló un momento en hacerse eco de una calumnia y en atribuir crímenes imaginarios que nunca podria probar, solo por disfrutar de la complacencia que le causa el denigrar todo lo que sea mexicano.

Cuando en la senda que seguimos nos encontramos con escritores de tan poca conciencia y ninguna buena fé, como el redactor actual de la *Estafeta*, nos consuela de las contradicciones que á cada momento tenemos que sufrir, la satisfaccion que experimentamos en poder desmentirlos y abrirle paso á la verdad. Que este incidente sirva de experiencia para lo sucesivo, y que viéndose la manera con que refieren los hechos ciertos escritores, se haga justicia y se califiquen como debe ser las atroces calumnias y los inicuos hechos de que han sembrado la historia de nuestro país.